

Pokoleniye

Los Afgantsy: Guerra, crisis y subcultura juvenil soviética en la década de los 80

ALBERT SOLER I RUDA

Doctorando, Departamento de Història Moderna i Contemporània, UAB



RESUMEN

Este artículo gira alrededor de la construcción de la nueva subcultura del veterano de guerra soviético, nacida a partir de la experiencia bélica derivada de la invasión de Afganistán (1979-1989). La premisa del artículo es presentar los elementos y consecuencias que definen y caracterizan la nueva cultura de la desmovilización en la URSS, partiendo de la base que, como subcultura asociada al mundo juvenil, viene definida no solo por el trauma bélico, sino en gran medida por el amplio marco de crisis social, política, militar y contracultural relacionado con la generación juvenil soviética de los años 80.

Palabras clave: Guerra de Afganistán; Afgantsy; Veteranos; Glasnost; Contracultura juvenil

RESUM

Aquest article gira al voltant de la construcció de la nova subcultura del veterà de guerra soviètic, nascuda a partir de l'experiència bèl·lica derivada de la invasió de l'Afganistan (1979-1989). La premissa de l'article és presentar els elements i conseqüències que defineixen i caracteritzen la nova cultura de la desmobilització a l'URSS, partint de la base que, com a subcultura associada al món juvenil, ve definida no només pel trauma bèl·lic, sinó en gran mesura per l'ampli marc de crisi social, política, militar i contracultural relacionat amb la generació juvenil soviètica dels anys 80.

Paraules clau: Guerra d'Afganistan; Afgantsy; veterans; glasnost; contracultura juvenil

ABSTRACT

This paper turns around the new soviet veteran culture, borned from the war experience in Afghanistan (1979-1989). The aim of this paper is to present the key elements and consequences that determine the new demobilization culture in the USSR, defending that,

as a subculture regarding the youth collective, its defined not only by the war trauma but for the context of social, political, military and countercultural crisis linked with the soviet youth generation of the 80's

Key words: War of Afghanistan; Afgantsy; Veterans; Glasnost; Youth Counterculture

La intervención y despliegue militar en Afganistán por parte del Ejército soviético durante 1979-1989 fue para muchos chicos en transición a la adultez algo más que una derrota bélica. La que Gorbachov definiría como la "herida sangrante" en el XXVII Congreso del Partido en 1986, representó mucho más que el fracaso de la política exterior de Brezhnev y los límites de la Perestroika en las fuerzas armadas, ahora en abierto cuestionamiento tras la visibilización de la corrupción, la escasez de recursos, la débil disciplina y los agresivos abusos institucionalizados.

La intervención militar para respaldar al frágil régimen comunista afgano, en sangrante lucha interna y asediado a su vez por múltiples facciones rebeldes islamistas, derivó en una guerra de contrainsurgencia que nutriría sus filas de los últimos miembros del *baby boom*. Toda una generación de millones de chicos que en 1988 equivalía a ¼ de toda la población soviética y que desde los años 70 representarían, tanto a nivel social, político como cultural, los protagonistas de una época de reforma, agitación cultural y cambio político, acaparando gran parte del interés en todos estos ámbitos. Una generación que, como respuesta a la contradicción de la crisis del modelo social soviético, acaba creando una contracultura juvenil propia basada en el consumo, la alienación individual y el desinterés por el modelo social soviético.

Partiendo de esta premisa el objetivo de este artículo es definir y delimitar la construcción de una de estas subculturas juveniles, que en este caso incluyen un elemento altamente característico como es el trauma derivado de la experiencia bélica y la fallida reinserción social. Afganistán no solo significó una derrota política y la puesta en escena de la crisis de las Fuerzas armadas. También fue un catalizador de la crisis que el sector de la población juvenil venía arrastrando años atrás en todos los ámbitos. Las condiciones sociales de los combatientes reclutados, junto con la experiencia del trauma del combate, el marco simbólico de la cultura juvenil y las características de la reinserción, crearán una subcultura propia ligada a la figura del nuevo veterano de guerra soviético. Una subcultura que traerá unos símbolos culturales y discursos de un gran bagaje ideológico político y social, convirtiéndolos en actores de gran importancia durante los años de agitación política que siguieron al desmoronamiento de la URSS.

“Generación Glasnost”: crisis juvenil y contracultura

Si hablamos de una subcultura, ante todo se hace necesario establecer las bases sociales y el contexto del colectivo que las reproduce. En este caso hablamos de toda una nueva ingente generación de chicos y chicas surgidos de un incremento de la natalidad tras la consolidación económica de posguerra y la proclama del fin del Stalinismo por Kruschev en la década de los 50. La estabilidad de la economía y la cuadruplicación de la producción industrial, el aumento de los núcleos urbanos y su correspondiente éxodo rural, junto con las reformas políticas y la consolidación de unos valores más soviéticos que socialistas surgidos de la victoria de la Gran Guerra patriótica, traen al frente un nuevo modelo de sociedad: el nuevo hombre soviético. El trabajador feliz, determinado y comprometido con el partido y el colectivo, que a cambio recibe servicios del estado como alquileres baratos, sanidad, educación para sus hijos, etc. A su vez, ese contexto trae un nuevo modelo familiar, pues la posguerra y el crecimiento urbano pone fin a la familia extensa y sus redes de solidaridad locales, para sustituirlas por la familia nuclear de padre, madre e hijos. En 1970, el 56% de la población vive en áreas urbanas, en 1986 asciende al 66%¹, toda una nueva generación juvenil ajena a las penurias y trauma de la posguerra mundial, sin vínculos de apoyo familiar y situada en un nuevo sistema consolidado que incluye desde educación y sanidad hasta viviendas unifamiliares que van sustituyendo a los apartamentos comunales, gozando de agua, gas, electricidad, electrodomésticos y acceso, aunque limitado, a una nueva gama de bienes de consumo. Muchos de estos irían dirigidos directamente hacia a la juventud ofreciendo un nueva gama de ocio, desde instalaciones deportivas y organizaciones a teatros, cines y literatura de ciencia ficción. Sin embargo, estas nuevas facilidades de desarrollo y crecimiento muy distintas al entorno de guerra y posguerra donde sus abuelos y padres crecieron, supusieron tan solo un avance limitado y no pudieron paliar una crisis social que empieza a emerger en este nuevo y populoso colectivo. Precisamente algunos autores enfatizan la extensa y rápida urbanización y el nuevo modelo familiar como elemento básico de la ruptura de los valores socialistas soviéticos entre la juventud. La producción industrial, basada en la metalurgia pesada y la energía barata demasiado vinculada al sector militar y que había cubierto los huecos dejados por la guerra, llega a su techo a principios de la década de los sesenta sin encontrar nuevos clientes que estimulen la producción. A su vez, las reformas de Kruschev en el área rural con sus proyectos de colonización de la estepa y sus proyectos de irrigación caen en fallida, logrando solo un 3% anual de aumento de producción que ira descendiendo a lo largo de los años 70².

¹ Wilson, A.; Bachkatov, N.(1988): p.22

² Poch-de-Feliu, R. (2003): p.3

Pero en lo que concierne al nacimiento de la cultura juvenil cabe incidir más en el fracaso del nuevo modelo familiar soviético, entre otros factores que agravarán la crisis en este sector de población, porque serán estos los que servirán de espejo para reflejar los grandes problemas endémicos que arrastrará la sociedad soviética los siguientes 30 años, entre ellos la formación educativa y profesional, el acceso al mundo laboral, los espacios de ocio y el servicio militar. La familia nuclear aislada de vínculos en una sociedad urbana y la burocratización de todos los ámbitos de la vida cotidiana, junto con una pobre educación sexual y el aumento del alcoholismo, lleva a una elevada tasa de desestructuración familiar. La tasa de divorcios que alcanzaba el número anual de 600.00 en 1966 ascenderá a 700,000 separaciones en 1974. En 1979, 1 de cada 6 mujeres entre 30 y 60 años está separada³. Esta situación de ruptura del núcleo familiar es especialmente dura para los infantes soviéticos, pues en la mayoría de casos es la madre quien queda al cuidado, a la vez que continúa con su trabajo. En otros casos, los nuevos matrimonios podían acabar con el repudio del niño, abandono o el traspaso de la responsabilidad a un familiar cercano, normalmente los abuelos. No es de extrañar que la materia desarrollara un especial interés en la prensa soviética, especialmente cuando el Soviet Supremo adoptó la nueva legislación matrimonial en Octubre de 1968, la primera desde 1944. Esta ley se publicitaba como un diseño especial para proteger a los niños, prometiendo pensiones a las madres solteras, guardería y sanidad costeada por el estado y una especial protección ante segundos matrimonios o ausencia del padre que dejara “huecos en blanco” en los certificados de nacimiento⁴.

A su vez, a nivel pedagógico, aunque las reformas educativas soviéticas enfatizaron un especial interés por el cuidado del niño, pronto la rigidez y limitaciones del sistema denotan una escasa predisposición para fomentar las inquietudes de los chicos y chicas, que con la llegada a la adolescencia se traduce en desconfianza y desconexión con el pasado revolucionario y los eslóganes del partido. Con las reformas progresivas en educación entre los 60 y los 80, se fue dejando de poner énfasis en la educación pedagógica preescolar para ponerla en la elemental, instaurando un sistema de 10 años con alto interés en las matemáticas y las ciencias, supervisado de manera constante con evaluaciones y seguimientos que ofrecían una atmósfera de carácter disciplinario y autoritario de mayor estrés para los alumnos. Ese desinterés y falta de entusiasmo se agravaba en el paso del instituto a la universidad o a las academias de formación profesional, donde se demuestra que no todos los jóvenes gozaban de las mismas oportunidades laborales, en un sistema donde se premia las capacidades antes que el interés personal. Como se observará más

³ Wilson & Bachkatov (1988): p.40

⁴ Martkovich, I.; Pozanova, Y. (1969): “New law on marriage and the family”, *Soviet Life*, febrero 1969; pp.6-8

adelante con el servicio militar, a nivel educativo existía un gran desnivel de oportunidades entre hijos de clases trabajadoras y los hijos de la *nomenklatura* o *intelligentsia*. Los hijos de la nueva clase de funcionariado que se consolida durante la era Brezhnev gozaban de privilegios económicos y un valioso capital social, toda una red de contactos y favores que permitían crear jerarquías profesionales, dinastías de funcionarios, actores, doctores, periodistas oficiales, etc. Estos trabajos no solo gozaban de un mejor prestigio y mayor acceso a bienes de consumo, mejores viviendas o vehículos; sino que tenían un interés y mayor motivación para los jóvenes, vistos como oportunidad de ascenso social. Sin embargo, la academia soviética tradujo la desigualdad de oportunidades en desigualdad de capacidades intelectuales. Hijos de familias de trabajadoras eran enviados a escuelas de formación profesional o se les dirige a *kolkhozes*, en definitiva, creando una clase obrera poco especializada y desmotivada. Profesores de las academias de formación o PTU se quejarían de la poca disposición y mal comportamiento de sus alumnos, acusándolos de indisciplinados, perezosos, alcohólicos y delincuentes⁵.

El problema educativo, junto con el aumento de la disfuncionalidad familiar y la escasez de desarrollo de inquietudes y esparcimiento en el ocio, llevó al desarrollo de formas de sociabilidad alternativas de carácter negativo. Entre 1959-1960 se había fijado la jornada laboral de 7 horas, pero muchos jóvenes seguían sin medios, acceso a espacios de ocio o instalaciones deportivas, en muchos casos asociados a órganos juveniles del partido como el *Komsomol*. Así nacería un fenómeno en los 60 que se extendería por todos los 70 y 80: las bandas juveniles. Estas formas de sociabilidad se extendían desde actividades de vandalismo a delincuencia o alcoholismo, a lo que cabría añadir el auge del consumo de drogas como alternativa a las restricciones de bebidas alcohólicas de la Perestroika. Mucha de esta delincuencia estaría asociada con otro fenómeno en auge, la impregnación de la cultura criminal heredera de los *gulags*, cuyos presos empezaron a regresar a la sociedad a finales de los 50, cuyo sistema jerárquico establecía un sistema paralelo dentro de los núcleos urbanos de clase trabajadora.

Este contexto llevará al desarrolló en los años 60 y 70 de la contracultura soviética, una cultura asociada por primera vez a la juventud y que tomando elementos referentes del mundo occidental, pronto se inscribe en términos de "*Russifikatissia*", es decir, refundando los símbolos a la lírica, lengua y cultura rusa para identificarlos como completamente genuinos⁶. Como contracultura, la juventud soviética acaba asociando su condición de alienación social no en términos de protesta política, sino que la canaliza de manera individualista, creando productos simbólicos asociados a la introspección interior y la

⁵ Wilson & Bachkatov (1988): p.56

⁶ Cushman (1995): p.51

desconexión con su entorno, principalmente la música rock, el consumo, los canales de comunicación y los vínculos de amistades como sustitutos de los familiares. Especialmente se transcribirá en el consumo y cultura de la música rock, que se presentará como respuesta a la contradicción de la pasividad y la reglamentación de la vida soviética. La contracultura rock que nace en San Petersburgo y rápidamente se extiende a todo el mundo soviético, no crea un discurso único, sino que se traduce en símbolos representantes de actitudes y contextos de la juventud, que pueden ser interpretados de diversas maneras, lo que Thomas Cushman aplicando el término de Stankey Fish denomina "Comunidad interpretativa"⁷. En esencia, esto se traducirá en subculturas que empleando los mismos elementos y partiendo de una misma contradicción, acabarán creando subculturas con interpretaciones y reacciones distintas ante un mismo contexto. Para los jóvenes de clase media asociados a la *intelligentsia*, la contracultura se traduce en consumo de moda y música occidental, muy asociado al fenómeno urbano de los 60, como la subcultura *stilyagi* inspirada en el jazz y los *beatniks*, dando posteriormente paso al pop soviético; un reflejo más ligado a la frustración dentro de un ambiente de mayor comodidad. Para los colectivos de ambientes urbanos trabajadores, surgiría con la guitarra poética de artistas como Vladimir Vyssotski en los 70, y posteriormente con la configuración del rock y el *metallisty* o heavy metal ruso en los 80, con bandas como *Mashina Vremeni* fundada por Andrei Makarevich o *KINO*, liderada por Viktor Tsoi. Ni Vyssotski ni Tsoi proceden de ambientes netamente trabajadores, pero sin embargo, sus letras cónicas y críticas con la precariedad y la monotonía de la vida soviética, sus voces entrecortadas, su lenguaje callejero y el tratamiento de temáticas como el servicio militar, las dificultades de la vida urbana, etc; no solo les granjearon una enorme popularidad sino que se tornaron en personajes de culto masivo hasta límites casi religiosos, una auténtica mitología de masas. El film de Juris Podnieks "*Vai viegli but jaunam*" (*Es fácil ser joven*) de 1986 lograba representar esa idea. Abriendo el film con las escenas de un concierto de rock abarrotada en un *kolkhjos* en Letonia, sigue a continuación con la vida de algunos de los chavales asistentes un año después: cárcel, servicio militar, trabajos precarios, intento de suicidio, vida punk, hare krishnas. Casi todos comparten un mismo mensaje, que repite uno de los entrevistados:

"No tienen nada. No tienen ideas, solo se vuelven salvajes, se lo pasan bien [...]No tengo ningún ideal al que dedicar mi vida. No tengo nada por lo que luchar. No tengo ideales. En serio".

El marco contextual y las contradicciones sociales que generan acaban

⁷Cushman (1995): p.114

formulando unas respuestas culturales con fuertes símbolos que se tornan discursos. Es casi al final del film de Podnieks donde los últimos sujetos entrevistados son tres chicos recién desmovilizados de Afganistán. Su visión plantea una contradicción distinta a la del resto. Aunque insisten aún en su juventud, a la vez se sienten más maduros, viejos incluso, y más alienados que sus compañeros generacionales. El planteamiento a seguir a continuación sería analizar que peso tiene el factor del trauma bélico y la reinserción social, política y laboral del colectivo de excombatientes, que contradicciones plantea dentro de un sector de población ya de por sí en crisis, y que respuestas genera.

“¿Qué fue de Vova Sidorov?": Juventud y servicio militar

En 1985 se estrenaba el corto animado “*Pro Sidorova Vova*” (*Sobre Vova Sidorov*), breve film propagandístico donde se narra el crecimiento y el entorno familiar del pequeño Vova Sidorov, desde que nace en un entorno de comodidades materiales y atención constante por su madre, su abuela y su senil abuelo veterano de la guerra civil. Crece malcriado, perezoso y con sobrepeso, llegando a la adolescencia luciendo estética rock. Es entonces cuando recibe la llamada al servicio, llevándose a su madre por que afirma: “*serviré con ella, estando solo no se hacer nada*”.⁸ La idea de Vova deja en estado catatónico al oficial, que envía un telegrama a un superior, y así sucesivamente hasta llegar un general que se encuentra de pesca, el cual por no ser molestado, no recibe el mensaje. Definitivamente, Vova sirve no solo con su madre, sino con toda la familia que es llamada para hacer las tareas y proteger al chico. El film acaba con todos los compañeros de barracón de Vova desfilando orgullosamente, gritando al unísono: “*Incluso nosotros podemos arreglar a Vova*”. Siendo un corto de propaganda crítico contra la alienación cultural juvenil y el modelo familiar soviético, acusándolos de amansar y sobreproteger a los niños hasta aborrecer la conscripción, no puede evitar hacer una leve referencia a problemas interiores dentro de la estructura militar.

Anteriormente se mencionó el Servicio militar como uno de los elementos que forma parte de la crisis del modelo soviético dentro del sector de población juvenil, pero quizá deberíamos definirlo como una crisis general de las Fuerzas Armadas. Se hace necesario hacer un inmersión por separado en este apartado, ya que tiene un papel crucial tanto dentro del colectivo juvenil y su contracultura como en la cultura del nuevo veterano de guerra desmovilizado. La Guerra de Afganistán trajo a la palestra de la opinión pública y al debate político una serie de elementos que denotaban la necesidad de una reforma dentro de las Fuerzas Armadas soviéticas. En cualquier caso, Afganistán y el servicio obligatorio ligado al combate y el trauma sobredimensionarían y servirían de catalizador para

⁸ Uspensky & Nazarov(1985)

resaltar estos problemas.

La inducción al reclutamiento introducía a los jóvenes en un principio de trauma, ya que el servicio militar, como el de cualquier país, se emplea a su vez como proceso de reconstrucción y transmisión de los valores políticos reinantes en el sistema. Ante una sociedad joven, sin afinidad hacia la tradición política soviética, que se percibe en forma de amenaza, se emplea un proceso que a la vez se concibe como rito de paso de la niñez a la adultez, un modo de adoctrinarlos en los valores del "nuevo hombre soviético". Para ello no solo serviría la disciplina y la austeridad de la vida militar, también tendría un gran peso la violencia, tanto psicológica como física, con tal de romper la individualidad y reconstruir su identidad⁹.

Uno de los principales problemas lo encontramos en el sistema de reclutamiento. Los miembros del 40 Ejército, el contingente destacado en Afganistán, fueron sometidos al mismo sistema de leva usado en tiempo de paz, basado en la Ley de servicio militar de 1967 que fijaba la leva universal sin importar condición nacional, étnica, lingüística, estatus social o propiedades. Un ejército de leva que se basaba en generar un alto número de reservistas pero que a su vez acarrea ciertas dificultades, ya que el elevado número de reclutas llamados a filas y los pocos recursos y tiempo que se invierten en su formación para el combate son escasos e inadecuados¹⁰. Pero aparte de los problemas intrínsecos que conlleva en sí el sistema de fuerzas armadas basado en la conscripción, el servicio militar establecido por la ley de 1967 acarrea otros problemas estructurales. Para empezar, en la definición de quien estaba obligado y quien exento del servicio. La inducción se realizaba cada año entre enero y febrero, cuando una comisión local formada por representantes del partido, del gobierno y del *Komsomol* local hacían un registro de los jóvenes válidos que alcanzaban los 17 años. Los chicos con problemas de salud o familiares al cargo quedaban exentos, a su vez que los estudiantes podían reclamar prórrogas por estudios, y al alcanzar los 27 uno quedaba exento del servicio. Aún así, solo entre un 1-5% solicitó esas prórrogas universitarias, ya que la mayoría iniciaba los estudios universitarios a los 21, después de finalizar el servicio.¹¹ En este caso, a diferencia de otros casos como podíamos encontrar en el ejemplo de el sistema de reclutamiento en Estados Unidos durante Vietnam; la válvula de escape al servicio no estaba tanto en las prórrogas universitarias, sino en los *voenkomat*, los oficiales de las mesas de reclutamiento. Aquí es donde se atisba el grado creciente de corrupción generalizado que se inicia durante la era *nomenklatura* de Brezhnev. El *voenkomat* era quien decidía que reclutas enviar a Afganistán y cuáles no. En ello tenía un gran papel los sobornos económicos y el *blast*, el

⁹Galleotti (1995); p.33

¹⁰Jones (1985); p.31

¹¹*Op. cit.*: pp. 55-56

capital social y las cadenas de favores entre burócratas y gente del partido.

Los analistas militares se encontrarán con una masa de reclutas de 18 años, poco dispuestos y desmoralizados ante el servicio. Se quejarán de una juventud desmotivada, indisciplinada, perezosa y consentida, afirmando que la culpa la tiene el ambiente familiar y el egoísmo materialista de la nueva cultura juvenil. Lo cierto es que, de forma contradictoria, el Ejército solía tolerar e incluso fomentar ciertos aspectos de la cultura juvenil como la música rock, que públicamente criticaba como elemento nocivo de la juventud, con tal de calmar a la tropa y mantener cierta moral. No era de extrañar que oficiales pudieran a disposición material técnico y dieran trato especial a soldados que nociones de música, creando bandas de rock dentro de los barracones¹². Aún así, uno de los principales elementos que disuadía a los jóvenes de servir en el ejército era el sistema institucionalizado de abusos. La conocida como *dedovschina* o “mandato de los abuelos”, hacía referencia a una autoridad paralela entre reclutas veteranos y reclutas nuevos. Los *stariki*, o soldados viejos, tenían total dominio sobre los *molodiye*, los novatos. La débil disciplina de los oficiales y la gran ausencia de suboficiales intermedios facilitó que entre los reclutas surgiera un sistema de castas paralelo basados en la veterania, cuya gravedad desató las noticias sobre la crisis de las fuerzas armadas soviéticas durante los 70 hasta finales de los 80. Ya a finales de los 60 se tornó un problema crítico, tópico presente en la nueva narrativa rusa. En la novela “*La frontera*” de Vladimir Rybakov, basada en su propia experiencia militar durante la guerra de frontera entre los soviéticos y los chinos en Zhenbao en marzo de 1969, se torna uno de los tópicos frecuentes. Rybakov describe como los veteranos someten a los recién llegados a vejaciones, desde prohibirles sentarse al fuego a realizar ejercicio hasta la extenuación:

“Se nos dio permiso para dormir hasta la noche. Para los viejos significaba descanso mientras los novatos saltaban. Ellos podían escaquearse de los ejercicios siempre y cuando se asegurasen que los novatos no pararán su carrera matutina de dos millas”¹³.

Cualquier negación a ejercer esas tareas significaba palizas o cualquier tipo de agresión. Ante ese sistema de abusos, las autoridades militares se situaban al margen, en algunos casos incluso se aprovechaban de ello. Vladislav Tamarov, un *afganets* veterano de la aerotransportada, explicaba como el sargento de intendencia de su base ejercía la *dedovschina* sobre los soldados “verdes” empleando su autoridad de suboficial:

“A menudo los soldados veteranos simplemente le decían al sargento que querían, y él

¹² Cushman (1995): p.61

¹³ Rybakov (1986): p.97

*ordenaba a los “verdes” que le consiguieran algún aperitivo, o correr hacia la comisaria, o lavar los uniformes. Los chicos reclutados en el mismo periodo que Savchenko intentaban alejarse de él. Otros simplemente le besaban el culo. Otros le temían y hacían lo que él decía. Si se negaban, les ponía en una lista de castigos: lavar el suelo y montar guardia media noche, con sólo 4 horas de sueño”*¹⁴

Muchos oficiales y suboficiales consentían ese tipo de maltrato, ya que consideraban que les agilizaba la faena al tener a la tropa más joven oprimida y sin oponer resistencia; y a la vez querían evitar atraer la atención de los oficiales superiores y ser degradados. Sin embargo los mandos ya acarreaban sus propios problemas. El alcoholismo como problema endémico en la Rusia soviética siempre se ha asociado a la tradición del alcohol, agravada por la monotonía de la vida cotidiana, y se consideraba uno de los principales agravantes de la falta de disciplina entre la tropa. Sería durante la ocupación de Afganistán cuando desde las altas esferas se pondría especial énfasis en la deficiencia de los mandos bajos e intermedios, especialmente denunciado a través de revistas y publicaciones militares. En el diario *Sovetskiy Voin*, A. Sorokin, secretario jefe del Directorio político del ejército y la Marina soviética, decía:

*“Al mismo tiempo, la disciplina es un concepto estrictamente concreto. La experiencia indica que las infracciones a menudo son el resultado de la falta de entrenamiento de los soldados y su falta de conocimiento de los deberes apropiados y las consecuencias materiales y morales de su incumplimiento. Sargentos, suboficiales y oficiales sobre todo están llamados a asegurar que cada soldado tenga conocimiento preciso del rango de sus deberes y tiene un programa concreto para mejorar su disciplina competencia”*¹⁵. Otro diario, el *Agitator Armii i Flota* exponía que: *“la mayor condición para cumplir las más importantes y difíciles misiones en las Fuerzas Armadas es lograr la organización y disciplina y firme conocimiento del cumplimiento estricto de los requerimientos de las regulaciones”*¹⁶.

Junto a los diarios militares, la otra fuente de la escasa disciplina de los mandos seguía siendo los testimonios militares. Richard Gabriel aportaba los datos de una encuesta realizada en 1980 a personal militar soviético: el 64,6% de los soldados afirmaba que su oficial o suboficial servía bajo los efectos del alcohol. En un 66,4%, los soldados consideraban que el alcoholismo era el principal problema de causa de la disfuncionalidad de su unidad. En algunos cuerpos como artillería, la tasa subía al 81,8%¹⁷. Los propios mandos reconocen el problema, afirmando que la tasa de alcoholismo entre oficiales medios y

¹⁴ Tamarov (2001): p.93

¹⁵ Sorokin: “Disciplina soldada”, *Sovetskiy Voin*, No17, Septiembre 1982; pp.2-3

¹⁶ “Disciplina”, *Agitator Armii i Flota*, No15, Agosto 1982; pp.1-2

¹⁷ Gabriel (1980): pp.154-155

suboficiales es de 55,8% y 64,6% respectivamente. En muchos casos, ese alcoholismo se traduce en abusos de suboficiales hacia la tropa, tornándose un tópico constante de los relatos de soldados. Rybakov describía a un oficial llamado Osokin de este modo:

*“Eso es. Un verdadero bastardo. Se vuelve loco con el aburrimiento [...] En Potrovka se emborrachaba, jodido se aguantaba la cabeza, se tornaba masoquista de desesperación y daba gusto a su pequeño sadismo”*¹⁸

Eso afecta considerablemente a la disciplina y al funcionamiento de la unidad. Sorprendentemente, los datos revelan que solo un 27,4% de los conscriptos bebía más en el ejército que en la vida civil y que solo un 15,9% bebía estando de servicio, principalmente debido a las dificultades de adquisición de bebidas alcohólicas y la severidad de los castigos¹⁹. En cualquier caso, esto no exime el problema del alcoholismo entre la tropa de conscriptos, que en Afganistán se traducirían en consumo de drogas debido a la imposibilidad de adquirir bebidas espirituosas en un país islámico. El robo de material militar, desde piezas de uniforme y gasolina a armas y munición, para venderlo o intercambiarlo por alcohol o drogas será un problema constante del Ejército ruso hasta la primera guerra de Chechenia. Paralelamente, ese consumo de drogas vendría acompañado de la criminalidad en el ejército, con medio millón de actos delictivos cometidos por reclutas en 1988, y con un 25% de reclutas con un historial delictivo en 1989, el 6,5% de ellos con graves condenas o penas criminales²⁰.

Por último, otra cuestión a tener en cuenta para analizar el contexto militar en el que se desarrolla la movilización y servicio en Afganistán es el tema étnico. Se habló anteriormente de la Ley de Servicio militar de 1967 como una Ley universal sin importancia de factor étnico o nacional. Pero entre finales de la década de los 70 e inicios de los 80, con la llegada masiva de reclutas no eslavos de repúblicas centroasiáticas, se acabaría generando un nuevo sistema jerárquico paralelo a la *dedovschina*, la llamada *gruppovschina*, que degeneraría a su vez en abusos y violencia²¹. Oleg Pavlov, veterano y autor de la aclamada novela *“El caso Matiushin”*, explicaba gravedad de la *gruppovschina*, en este caso alentada por los suboficiales, mientras servía en una base en Uzbekistán durante el conflicto afgano:

¹⁸ Rybakov (1986): p.79

¹⁹ Rybakov, V. (1986): pp.156-157

²⁰ Gross, N. (1990): p.482

²¹ *Ibidem*

“Para entretenerse mantenían batallas en los pasillos a lo ancho de los catres. Jóvenes rusos, georgianos, kazajos y armenios, algunos intimidados y algunos aterrorizados, luchaban con uñas y dientes mientras los sargentos los bombardeaban con sus risas”²².

La cuestión étnica tendría mucho eco en Afganistán, precisamente por el hecho que 1/3 de los jóvenes en edad de reclutamiento en la URSS eran de etnia no eslava musulmanes.

El síndrome afgano: Experiencia bélica, percepción y trauma

Tras exponer los parámetros de la crisis juvenil y ahondar específicamente en las circunstancias del servicio militar, cabe al fin ahondar en el caso de análisis exponiendo el elemento que acabará caracterizando a la subcultura juvenil de los *afgantsy*: la experiencia bélica y el trauma derivado de ella. Para ello se hace necesario definir en qué consistió la experiencia para un soldado conscripto en Afganistán.

Tras la exitosa toma de Kabul y movilización del 40 Ejército se produjo la substitución de las tropas de la reserva de Tayikistán y Uzbekistán por las levas de nuevos conscriptos. Es bastante relevante como los primeros veteranos *afgantsy* que tomaron el palacio presidencial serían desmovilizados el 9 de enero en el más estricto secreto, con graves síntomas de estrés postraumático consecuencia del asalto y sin ningún tipo de credencial o reconocimiento. Aquellos miembros del grupo de asalto no musulmanes serían encerrados en el sanatorio de Sochi, siendo tratados del insomnio, *flashbacks* y otros síntomas derivados del estrés con vodka. Muchos de ellos habían sido movilizados sin saber su destino, a pocas semanas de terminar su servicio, y a pesar de su victoria, la mayoría no estaban bien preparados militar y psicológicamente para la guerra²³.

A continuación se produciría la movilización de más de 90.000 tropas de infantería y blindados, que ascenderían a mediados de 1980 a 150.000 tropas desplegadas, con 65.000 de ellas en Kabul y alrededores²⁴. Una tropa de conscriptos de una media de edad de entre 18-20 años, sin entrenamiento para una guerra de contrainsurgencia moderna, mal equipados, mal nutridos y arrastrando los problemas preexistentes relacionados con el servicio militar. Por supuesto, Afganistán no se trata de un conflicto en términos de estrategias convencionales adaptadas a un teatro europeo. La guerra civil entre el gobierno afgano y las guerrillas rebeldes se transcribió en una guerra de insurgencia, donde las montañas y valles de la geografía afgana se tornan escenario perfecto

²² Pavlov (2014): p.89

²³Braithwaite (2012): p.117

²⁴“Vvod novykh voysk 150.000 sovetskikh voysk”; *Posev*, No 10, Octubre 1980

para el desarrollo de una guerra de guerrillas. Boris Volkov, veterano de los paracaidistas, definió su entrenamiento de dos meses previo a Afganistán como:

“Inútil. No habíamos disparado muchas de nuestras armas, y no sabíamos que munición iba con cada una en muchos casos. Cuando llegamos, encontramos una guerra diferente a la que esperábamos, y eso llevó a muchas bajas – bajas innecesarias”²⁵

El impacto para un recluta recién movilizado al teatro de guerra era inmediato, casi incluso previo a la llegada al país. Al principio, debido al secretismo y censura, muchos no sabían la gravedad del conflicto, pensando que desarrollarían las labores de una fuerza de paz. Se tornó en costumbre no decir a los soldados el lugar de destino final. Era entonces donde los soldados, dispuestos entre las bases de los alrededores de Kabul, recibían un rápido entrenamiento adaptado a las circunstancias de la guerra de contrainsurgencia.

Siguiendo la tradición de la composición social del servicio militar, 2/3 de la tropa enviada a Afganistán eran chicos de clase trabajadora urbana y rural, sin educación secundaria completa y donde ¼ de ellos provenían de ambientes familiares rotos. Algo curioso de destacar es como los reclutas tienden a mentir en sus cartas a casa, no por la censura, sino por temor al sufrimiento parental, que a pesar de la desinformación conoce la aproximación real de lo que sucede en Afganistán. Madres como la del soldado Valodya Penchuk no sabrían hasta meses después el destino real de sus hijos:

“Él nunca me contó que estaba en Afganistán, para empezar. El dijo que lo habían destinado a Mongolia, para no disgustarme. Sabía que me afectaría mucho”²⁶

La tropa se distribuiría en tres tipos de unidades según sus tareas: unidades de élite, unidades de ocupación, y batallones de construcción y transporte. Las unidades de élite, alrededor del 15-20% de las fuerzas del 40 Ejército, se encargaban de la ofensivas y operaciones de contrainsurgencia, básicamente la aerotransportada, los paracaidistas y las unidades de asalto aéreo, recibiendo un entrenamiento más específico. Las tropas de ocupación, el 75% de las fuerzas desplegadas, a su vez se subdividían en tropas de combate regular y unidades de apoyo, formadas por tropas motorizadas y unidades independientes de fusileros, y cuya tarea consistía en proteger edificios, bases, convoyes, carreteras y puestos de guardia. A su vez estas también participaban en operaciones combinadas con las unidades de élite a gran escala o en bloqueos al enemigo. Estos serían las

²⁵Hansen, Owen, Madden, M.(1991): p.76

²⁶ Kosminsky, (1989)

tropas más numerosas junto con los *stroibats* o batallones de construcción, en su mayoría constituidos por soldados de etnia no eslava.

Sin embargo la preparación psicológica era bastante contraproducente. El discurso ideológico de los mandos, un intento de reconciliar el servicio por una causa política con unos valores morales apelando al “internacionalismo” y la solidaridad socialista, pronto entra en quiebra cuando se revela la realidad de la sociedad afgana y el carácter de las hostilidades. El soldado pronto descubre que el apoyo al socialismo es nimio en una sociedad afgana mayoritariamente rural y enraizada a sus tradiciones culturales, lingüísticas, étnicas y religiosas. Los guerrilleros muyahidines no eran como los *basmachi* de la rebelión de Asia Central de 1927 ni tampoco los soldados encubiertos de Estados Unidos o China que decía la propaganda militar. Son los propios aldeanos afganos, campesinos convertidos en guerrilleros que se camuflan entre la población o se esconden en las montañas, recibiendo así el apelativo “*dushman*” (fantasma o bandido). Los guerrilleros afganos, aunque divididos por barreras étnicas, religiosas o regionales, no constituyendo en si una resistencia unificada, contaban con una tradición de resistencia al enemigo invasor más que demostrada, creando una guerrilla altamente efectiva que conoce el terreno y puede oponerse al enemigo determinando en el 90% las condiciones del combate. A ello se añade un terreno hostil y duro al que la mayoría de reclutas no está acostumbrado. Así lo percibía el soldado Slava Sevra:

“Tenía una imagen de la guerra. Haría algún disparo, probablemente en las montañas Pero el enemigo no era para nada como me esperaba. Son astutos y peligrosos. Nacieron en las montañas, están en su elemento. Aquellos que nacieron en el sur lo encuentran un poco más fácil, pero yo soy de Siberia, nunca había visto una montaña antes. Es duro para mi estar aquí. Incluso un niño afgano de 5 años puede escalar una montaña con un subfusil”²⁷.

Ante ese contexto las políticas militares desarrolladas por los altos mandos consisten de nuevo en operaciones de búsqueda y destrucción, es decir, desplegar tropas en territorio hostil, buscar al enemigo, cercarlo y neutralizarlo, por lo que el resultado de la operación no se mide en territorio conquistado, sino en enemigos abatidos. Un tipo de guerra cuyo estrés constante y escaso progreso conlleva a la percepción de una guerra en vano cuyos soldados mueren por nada, y que a su vez genera procedimientos de brutalidad y exterminio de civiles ante la imposibilidad de distinguir enemigo de civil, siguiendo la práctica de “disparar primero y preguntar después”. Pillajes, asesinatos, tortura, extorsiones, vejaciones, etc, se producen como respuesta a ese estrés, para el que el entrenamiento escaso, además dirigido a una guerra convencional, no les había

²⁷*Ibidem*

preparado. Aunque el manual del soldado destinado en Afganistán advierte de las penas de cárcel o muerte por asesinar a civiles, la destrucción de *kishlaks*, aldeas afganas, se torna una práctica sistemáticamente realizada a sangre fría como procedimiento habitual de protección de convoyes o como represalia.

Todos los soldados en Afganistán sufrieron en mayor o menor grado las consecuencias de la guerra y el trauma derivado de ella. Del mismo modo que se continuarían sufriendo las consecuencias de los grandes males que ya afectaban al Ejército soviético como la *dedovschina*, la corrupción y el consumo de sustancias. En una situación de guerra donde aumenta la escasez de recursos, la precariedad aumenta y el estrés es la norma, el sistema de abusos institucionalizado creció gravemente. Las tareas de limpieza de las bases o puestos de guardia recaían en los novatos, que a la vez eran sometidos a rituales de humillación y palizas. Otra práctica común era obligar a los novatos a robar material militar y venderlo, con tal de obtener hachís o cualquier otra sustancia. Aunque se produciría de forma generalizada, como sucedía en todo el Ejército dentro y fuera de Afganistán, en algunas unidades sería mucho más exacerbado que en otras. Por ejemplo, en unidades de élite el abuso solo se realizaba en la base y a escala menor, ya que podía derivar en “*fragging*” en el campo de batalla, es decir, asesinato; y se dependía del apoyo mutuo para la supervivencia durante el combate. Otros combinaban el abuso con la *gruppovschina*, creando relaciones de paternalismo donde un veterano protegía a los novatos provenientes de su misma región o etnia. Es curioso como, lejos de intentar corregir este problema, la oficialidad se sirvió de él para mantener una disciplina paralela que corrigiera la carente disciplina de mandos. Pero eso no quitaría que los propios abusos en sí fuesen igual de traumáticos que el combate, llevando a extremos como el suicidio, mutilación o desertión. La *dedovschina* se tornaría así un tópico constante de la narrativa *afgantsy*, como lo describía el novelista y veterano Oleg Ermakov en su relato corto “*Invierno en Afganistán*”:

*“Había pocos niños perpetuos en el regimiento: uno trató de dispararse así mismo, otro había bebido orina de un enfermo de fiebre amarilla para pasarse unos meses en el hospital, un tercero se quebró durante su primera operación. Eran el hazme reír, y no solo de sus vecinos más cercanos: el grupo entero lo había notado, sabían lo que eran”*²⁸. Un trauma cuya continuidad se mantiene por el simple hecho de la compensación que supondrá ejercer el mismo abuso cuando las víctimas sean veteranos: *“No había nada innatural en el hecho que alejarán rencores hacia sus antiguos veteranos, no - como era, así se quedará: ayer sufrían abuso, hoy abusan”*²⁹.

El problema del *fragging* derivado de la *dedovschina* empezó a subir, tanto como

²⁸ Ermakov (1993) “Winter in Afghanistan” p. 59

²⁹ Ermakov (1993) “Safe return” (1993); p.155

venganza de reclutas novatos a viejos como de soldados a oficiales por consentir o realizar abusos, especialmente común entre las tropas de ocupación. Un soldado de servicio afirmaba en una entrevista: *“Es que muchos oficiales creen que aquí es igual que en la Unión Soviética, que pueden coger a un soldado y pegarle, ultrajarle. Pues después se los encuentran muertos...Un tiro por la espalda en combate...Ponte a buscar quien a sido. Y demuéstalo”*³⁰. Los intentos de los oficiales por imponer disciplina se tradujeron en castigos físicos o psicológicos, desde palizas a exponerlos en áreas de peligro. Incluso, el mismo ejercicio de abusos de los oficiales a la tropas se hacía para encubrir actividades ilegales de los mandos, como el destilado ilegal de alcohol o el tráfico de electrodomésticos o drogas. Los oficiales obligan a los reclutas a colaborar, y si cometen algún error o son descubiertos son sometidos a castigos. Uno de los casos más famosos sería el de los ataúdes de zinc con los que se empaquetaban los cadáveres de soldados muertos repatriados a la Unión Soviética, empleados para entrar drogas y electrodomésticos extranjeros de manera ilegal. Eso explica porque la violencia ejercida hacia los mandos siempre se produzca en mayor grado entre los oficiales de bases, ocupación o intendencia.

Del mismo modo todos los soldados sufrieron las penurias y escasez de la vida y las condiciones de acuartelamiento. Los problemas de alimentación y de gran escasez de agua siempre fueron constantes, y se acrecentaban cuando las emboscadas a los convoyes de suministros eran más frecuentes, lo que llevaba a que los veteranos requisaran la comida de los novatos o se produjeran más hurtos de material militar por el que intercambiar alimentos. Esa escasez y la falta de higiene debido al agua junto con las condiciones climáticas llevo a la propagación de enfermedades, para el que el cuerpo médico desplegado en el país no podía hacer frente por la falta de material, medicinas y personal. Por esa razón se propagaron enfermedades como la disentería, hepatitis, infecciones de piel o parásitos intestinales. La vida de cuartel no era para nada placentera dada esa situación, a lo que cabe añadir el constante tedio y desolación que produce. Por orden los soldados no podían salir de las bases si no era para operaciones, ni tratar con civiles, aunque en la práctica se hacía con civiles de las cercanías o en el mercado negro con tal de obtener comida, drogas, tejanos o reproductores de música. Eso y la depresión producida por los abusos llevó al aumento del consumo de drogas: hachís, opio, marihuana, heroína inyectada o *“cheffir”*, una concentración de una infusión de té cuyas toxinas producían un efecto psicotrópico. Debido a la escasez de alcohol en un país islámico, las drogas se tornaron una alternativa muy común, barata y fácil de adquirir para capear la depresión, la ansiedad y el aburrimiento de la vida militar en Afganistán a modo de automedicación. Según los datos de Alexiev, la mitad de la tropa consumía

³⁰ Alexievich (2014); p.69

hachís, y 1/5 opio³¹. No obstante, la necesidad de paliar los efectos del estrés y la alienación llevo a alternativas más drásticas y peligrosas como la elaboración de alcohol casero extraído de colonias, lociones y anticongelantes de vehículos, fluido que llamaban “esgrima” que causaba serías intoxicaciones³². Eso conllevó el aumento de robos de material militar para canjearlos por opiáceos. El robo de material no era algo nuevo en el Ejército soviético y se asumía hasta un nivel tolerable. Pero en Afganistán transgredió esa barrera cuando se llegó a la situación de venta de armas y munición en cantidades pequeñas a las mismas guerrillas afganas contras las que combatían a través de intermediarios, creando un mercado negro propio que recibió el nombre de “Bazar ruso”³³. Al concluir la guerra, más de 2500 soldados habían pasado por la prisión militar de Pul-i Charki, más de 200 acusados de asesinato. Otras fuentes suben la cifra a 6412, donde 2840 fueron acusados de vender armas a afganos y 534 por traficar con drogas³⁴.

Desmovilización y construcción de la subcultura *afgantsy*

Afganistán realzó los problemas que acarrea para la generación juvenil la violencia, la precariedad y el tedio del servicio militar, como un catalizador de la alienación general de la vida juvenil soviética. Junto a ello dejó algo más, el impacto del trauma derivado del combate moderno. Se habían llegado a desplegar a unos 620.000 soldados, junto con un personal civil de 21.000. La guerra había dejado a 15.051 soldados muertos, junto con más de 400.000 heridos en combate, heridas leves o enfermedad, entre ellos unos 11.000 minusválidos de guerra³⁵. La extrema juventud, chicos que marchan con 18 años y vuelven con 20 o 21, no hará más que agravar el impacto del trauma dentro del desarrollo psicológico de la transición de la adolescencia a la madurez. Eso provoca la ruptura psíquica, el trauma, que pronto contrasta con la definición social que se ha hecho de la guerra. Esa contradicción, difícil de amoldar ante la ideología promulgada por los medios y la sociedad civil, acaba generando una subcultura como una manera alternativa de supervivencia. La subcultura de los *Afgantsy*, los “afganos”, como se denominará popularmente a los veteranos de Afganistán, tendrá sus características y definición propias dentro de la contracultura soviética.

Al regresar a la sociedad, el soldado se tornaba un *nizi*, un elemento ajeno al orden social soviético. Estos retornan de una guerra abstracta, distinta a la que

³¹ Alexiev (1988); p.50

³² Alexievich (2016); p.129

³³ Alexiev (1988): p.54

³⁴ Braithwaite (2012): p.227

³⁵ Danilova (2010): p.903

la opinión pública ha asumido mediante los discursos políticos, la prensa y las narraciones de crímenes y vejaciones introducidas durante la Glasnost y la mayor libertad de prensa. Afganistán ha ampliado aún más la brecha generacional, la alienación juvenil respecto al modelo social y el estado, a la vez que con los miembros de su propia generación. Como respuesta estos chicos, los nuevos veteranos soviéticos, crearán un simbolismo propio asociando su juventud y el trauma bélico. Algunos de esos símbolos son extraídos o inspirados en el marco sociocultural preexistente bajo la influencia del trauma, como la música y la narrativa literaria o el fenómeno de las bandas juveniles. Otros surgen del contexto de crisis, reformas y libertades civiles de la Glasnost, como el asociacionismo local de veteranos y la construcción de una memoria de la guerra paralela. A ello añaden símbolos distintivos, donde las prendas de ropa militar, las condecoraciones y el vocabulario adquieren un papel simbólico identitario de colectivo dentro de la subcultura.

Será a partir de 1985, con la llegada de Gorbachov y la mayor difusión de información y movilización social promovido por la Glasnost, cuando el impacto de la llegada de los excombatientes será más mediático y resonado. Es necesario señalar entonces como se produce el reingreso del soldado recién desmovilizado en una situación de agitación social y configuración de un discurso social sobre la guerra. Para 1985 la guerra ya era bien conocida y reconocida abiertamente por el Kremlin. Pasando del secretismo a la exposición de la intervención como fuerza de paz en un país aliado siguiendo el deber del internacionalismo, las pocas imágenes que llegaban a las pantallas insistían en mostrar al soldado soviético colaborando en la construcción de hospitales, escuelas, patrullando las calles en aras de la seguridad de Kabul o repartiendo comida entre las aldeas. No obstante, no fueron los medios de comunicación los que marcaron la opinión pública de la sociedad soviética ante la guerra. Para muchas familias, la noticia de la guerra llegaba de forma fortuita tras la noticia de la muerte del soldado, traído a los domicilios durante la noche en un ataúd de zinc. Pronto las noticias de los ataúdes, junto con las historias de los primeros veteranos devueltos al país, se difundían por los vecindarios.

Muchas de las noticias de prensa sobre Afganistán insistían en el mismo discurso internacionalista y patriótico, ensalzando acciones militares. Por otro lado, ya desde 1980 algunos diarios como el *Sobosednik*, *Ogoniok*, *Molod Ukrainy*, *Posev*, entre otros, empezaron a incluir críticas y algunos artículos bastante punzantes contra la guerra. Esto marcará una dinámica constante, habitual ya durante la era Brezhnev, pero que alcanzará su auge a mediados de los 80: las cartas de lectores, editoriales o cartas de opinión que colectivos o individuos enviaban a los diarios. Cartas como la del Club de Mujeres Independiente “*Mariya*” de Leningrado al diario *Posev* :

“Nosotros, las mujeres de la nueva Rusia, exigimos la salida de todo tipo de tropas soviéticas del territorio ocupado de Afganistán. ¡Dejad de matar y abusar de los civiles de un país extranjero! ¡Dejad de enviar a la vergonzosa muerte a nuestros esposos e hijos!”³⁶

Frecuentes eran las cartas de las madres de los soldados en servicio o muertos, que pedían la retirada inmediata del contingente internacionalista, como esta carta de una madre de soldado enviada al diario *Ogoniok*:

“Estamos hartos de hermosas palabras sobre el honor y la solidaridad. Llamo a las cosas por su nombre: es guerra lo que hacemos allí. Comencemos poniendo en orden nuestra propia casa. No debemos engañar a la gente. La única forma de salir de esta guerra es retirarse rápidamente a nuestro contingente de Afganistán. Hay suficientes jóvenes que ya murieron allí. Nuestros hijos no le deben nada a los afganos. Fueron enviados allí para cumplir su misión internacionalista. Tienen deberes que cumplir solo con sus padres que les dieron la vida y con su patria. En cuanto a nosotros, fuimos malos padres porque les permitimos partir”³⁷

En eso tuvieron también gran influencia los relatos, artículos y libros publicados por la nueva generación de periodistas liberales, acogidos por la esfera de la Glasnost o escribiendo noticias para el exterior. Los relatos populares de Artyom Borovik, Stevlana Alexievich, Gennady Bocharov o Vladimir Rybakov elaborarían un discurso donde se mezclaba la desmoralización de la tropa, su desmotivación hacia el discurso internacionalista, consumo de drogas, la *dedovschina* y crímenes de guerra, con relatos emocionales y cierta retórica heroica, añadiendo tópicos como el de la camaradería en contraste con los abusos, símbolos asociados a la juventud de la tropa como el rock, los caídos en combate, el trauma de la desmovilización y el dolor de las familias, especialmente la figura de la madre soviética. Aunque lograrán representar los problemas de los conscriptos en servicio y su alienación, el interés por los aspectos morbosos y la falta de contextualización del relato más oscuro del conflicto tendría una seria influencia en el discurso social de la guerra, dejando una pátina negativa para la reinserción social del veterano, creando una imagen de psicópatas, como en este artículo de Rybakov, corresponsal en Afganistán para el diario *Posev*:

“El deseo de mantenerse con vida causa miedo, el miedo, malicia. Cuando estás en guerra contra gente que defiende su tierra, su libertad. Cuando matan a Grishka, Stepka o Shota, con los que era amigo, con los que compartía paquetes y sueños, entonces ya no piensas quién tiene la razón, la culpa, pierdes la piedad, si la hubiera. No sólo es doloroso para

³⁶ “Prekratit' krovoprolitiye!”; *Posev*, No 10, 1 Octubre 1980

³⁷ “Carta de Tamara Iakovlevna Sololieva”; *Ogoniok*, Enero 1988, editado en: Commeau-Rufin (1989): p.241

*Grishka: Grishka podría ser tú. Es mucho más difícil entender por qué los mismos Vanka o Kolka, con todo esto en mente, de repente se niegan a disparar y van a los tribunales. ¿La conciencia no está permitida?*³⁸.

Para poder producir una reinserción de soldados tras un conflicto, es necesario que exista tanto un reconocimiento oficial como social, ya sea en forma de beneficios económicos o facilidades, o en forma de conmemoración de su sacrificio. En su contexto doméstico, los *afgantsy* no tendrían reconocimiento alguno. Por un lado, los prejuicios de las narraciones periodísticas, la deslocalización de la guerra y los relatos de soldados fomentaron la construcción del ideario social de la guerra, donde Afganistán era una guerra inútil que había sacado lo peor de una generación sin ideales y envuelta en la alienación. Esta imagen del perdedor, el trastornado, el alcoholizado, el desertor, como un peligro en forma de bomba de relojería a punto de explotar, se reproduce como un estigma social dentro del discurso social de la guerra, sin tener en cuenta el contexto de donde y como se desarrolló el conflicto para toda una generación de reclutas. Un ejemplo de esto que tuvo gran revuelo mediático fue la *narkomaniya*, el brote de drogadicción que surgió entre los jóvenes de suburbios industriales en 1985-88. Se acusó a los *afgantsy* de ser unos de los introductores del hábito del consumo de drogas en la URSS y del auge de la delincuencia relacionada con el tráfico. Lo cierto es que como sucedió en Vietnam con el caso de veteranos estadounidenses, las drogas durante la guerra se consumían para combatir la depresión y el estrés de combate en forma de automedicación, y la mayoría de soldados dejó de consumirlas al ser desmovilizados. Sin embargo, el auge del consumo de drogas y actividades delictivas en el mercado negro giran alrededor de la brecha generacional cultural entre estado y colectivo juvenil, y ni mucho menos constituyeron una epidemia. Puede que soldados consumieron drogas en Afganistán, pero en muchos casos los que continuaron la práctica se trataba de jóvenes que ya habían entrado en contacto con ella previamente al servicio.

Por otra parte, Gorbachov definía Afganistán públicamente en el XXVII Congreso del Partido como una “herida sangrante”, mensaje que contrastaba con las imágenes oficiales de soldados en su deber solidario internacionalista. Gorbachov iniciaría los planes de retirada del contingente, que se produciría de forma definitiva el 15 de Febrero de 1989. No sería hasta 1988 cuando se concedería a la tropa un mínimo reconocimiento a sus servicios, pero no como veteranos sino como “Internacionalistas”, reconocimiento que consistía en un diploma y una placa individual. Esa devaluación de la experiencia fue acompañada del reclamo de las ausentes medallas prometidas como premio al servicio en actos de valor, cerca de unas 200.153 medallas, las cuales 10.955 eran póstumas y 71 al Héroe de la Unión Soviética, causa mediática que duraría

³⁸“Russkiy soldat v Afganistane!”; *Posev*, No 1, Enero 1981

años llenando páginas de prensa³⁹.

El reclamo del reconocimiento estaría muy ligado también a la noción juvenil de la tropa y el papel de las madres en la protesta contra la guerra. Las reformas de la Perestroika y la Glasnost permitieron llevar los mensajes de las cartas a las calles mediante la organización de entidades paralelas a las del estado entre 1987-88, que culminarían con la creación del Comité de Madres de Soldados en 1989. Sus protestas, huelgas de hambre y movilizaciones públicas en aras de captar la atención social se centraron en la denuncia de la guerra y la *dedovschina*. Con ello hicieron especialmente visible el caso del trauma que implicaba ese fenómeno, permitiendo a otros críticos relacionarlo con la derrota en Afganistán, en su influencia sobre la efectividad del combatiente. Eso no solo llevó a criticar el servicio militar obligatorio como pilar del sistema soviético, sino que difundió una imagen peyorativa de los veteranos dentro de la psicología de la masculinidad militarizada, definiendo a los conscriptos como niños de mamá, infantilizados e incapaces de afrontar la dureza de la guerra y el servicio⁴⁰.

Todo este bagaje ideológico sobre la percepción ante la reinserción de veteranos *afgantsy* se recogió y comercializó de forma masiva a través de los medios audiovisuales y su interés por la contracultura juvenil. En una Unión Soviética donde en 1986 el 93% de la población tiene televisor, surgió una explosión de programas y shows de debate en relación al problema juvenil que equivalían al 78% de la programación cultural, juntando en plató a rockeros, punks, hippies, neonazis y *afgantsy* debatiendo temas diversos, desde las drogas y la violencia callejera hasta el estrés postraumático de los veteranos⁴¹. Películas documentales como *“Es fácil ser joven”* de Podnieks también ponían en un mismo saco a todos esos distintos tipos de jóvenes alienados, entre ellos a tres *afgantsy* recién retornados de la guerra. Cuando a uno de los *afgantsy* entrevistados se le pregunta si ese sentimiento de desamparo y alienación es igual en toda su generación, tanto entre los que sirvieron como los que no, el veterano afirma:

“No, definitivamente no. Esos no son los mismos chicos, van a fiestas a veces, beben un poco y quizás se meten en problemas, pero no son los mismos chicos. Existe la opinión que la persona madura durante la guerra, pero es completamente falso, porque en la guerra una persona se vuelve vieja. Queremos recobrar nuestras antiguas vidas, quizá incluso a nuestra infancia. Pero nadie nos permite eso, y es traumatizante. Eres joven, eres un niño, nadie te cree, y el sufrimiento es indescriptible”⁴².

³⁹ Galleotti (1995); p.56

⁴⁰ Eichler (2012); pp.31-32

⁴¹ Stites (1993); p.190

⁴² Podnieks (1986)

Junto a ese contexto moral, el contexto económico no se situaba en un mejor escalón. Aunque es cierto que muchos soldados desmovilizados consiguieron reinsertarse al mercado laboral sin problemas, en especial aquellos que desarrollaron tareas durante la guerra útiles en la vida civil como los conductores de camiones o técnicos, a largo plazo serían unas de las principales víctimas de la corrupción burocrática, el descendiente presupuesto de los programas sociales del estado, el problema de la vivienda y el escaso tratamiento del estrés postraumático en la psicología soviética; problemas que se agravarían mucho más con el colapso económico de la URSS y su transición a la economía de mercado. Afganistán y la desmovilización de sus combatientes traería a la palestra las disfuncionalidades de la estructura de asistencia social en la Unión Soviética, una estructura basada en la meritocracia según el tiempo, lugar, unidad de servicio y relación con el partido. Además éste seguía fallando en la distribución de estos beneficios, que en última instancia dependía de las instituciones locales y que en sectores como el de los inválidos de guerra demostraba cierta precariedad al ser incapaz de reinsertarlos socialmente. Una carta de un colectivo de padres de *afgantsy* lo resaltaba así en una carta del lector enviada a la prensa:

*“Expresamos nuestras más profundas condolencias a los padres y parientes de los soldados soviéticos en Afganistán difuntos, heridos de gravedad y convertidos en minusválidos. Demasiado sabemos lo que implica ser minusválido en nuestro país y cual es el sufrimiento de los padres de las personas minusválidas”*⁴³.

Ese esquema de asistencia social de veteranos será el que recibirán los *afgantsy*. La cuestión es que era un sistema de pensiones y beneficios ligados tan solo a los veteranos de la Gran Guerra Patriótica. El principal impedimento es que el secretismo y encubrimiento mediático de la guerra no la calificó como tal, sino como simple “intervención internacionalista”. Por eso, en 1983 cuando las cifras de bajas pasaban los 7000 soldados, tan solo oficiales en caso excepcional habían recibido algún tipo de beneficio, siguiendo de nuevo la estructura meritocrática. Los *afgantsy* no solo tuvieron que abordar el problema de no ser reconocidos como combatientes en un sistema de asistencia de veteranos lento y desproporcional. El problema venía en sí de todo el sistema de pensiones y asistencia soviético de finales de los 80. Los nuevos veteranos recibieron con la llegada de Gorbachov y el intento de articular un discurso más abierto sobre la guerra una serie de beneficios similares a los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, especialmente en transporte, sanidad y vivienda, con algunos servicios tales como tratamientos en sanatorios pagados o pagos únicos a heridos y

⁴³“Otkliki iz Rossii. Roditelyam zhertv voyny v Afganistane”; *Posev*, No. 6, Junio 1980

discapacitados de guerra. Para ello el Comité central del Partido y el Consejo de ministros pasaría una resolución concediendo beneficios especiales, que sin embargo toparía con el problema constante de la burocracia y la gestión local de los beneficios, pues la ambigüedad de la resolución garantizaba esos privilegios, pero no como ni cuando administrarlos. En eso tuvo un gran papel la corrupción creciente y la indiferencia de los funcionarios hacia los jóvenes veteranos. Para en 1989, según el *Komsomolskaya Pravda*, el 71% de los *afgantsy* declaraba que sus beneficios existían solo en papel⁴⁴. En uno de los numerosos films documentales sobre la juventud soviética realizados a finales de los 80, "Afganhsi" dirigido por Kosminsky en 1989, un veterano, Yuri Shaginov, habla ante la cámara con cierta ironía sobre uno de los problemas más extendidos:

*"Cuando estábamos sirviendo en Afganistán, nos dijeron que cuando volviéramos a casa nos tratarían como a héroes. Cualquiera que necesitara ayuda medica la tendría. Domicilio, cualquier instituto que quisiera. Para los afgantsy todo era posible. Pero cuando volví fui a preguntar cuantos pisos había disponibles cada año para veteranos de guerra. Solo daban de 10 a 12 pisos cada año, y estoy el numero 315 en la lista. Así que recibiré el piso cuando tenga 52 años. Ese será un gran día"*⁴⁵.

Y es que dentro de la distribución de viviendas sociales, los *afgantsy* se encuentran al final de la lista, pasando delante de ellos veteranos de la Segunda Guerra Mundial y trabajadores de larga experiencia. La calidad de vida de un veterano está al 50% respecto a la del civil, situada en el 80%. Incluso entre la joven oficialidad se produce un grave problema de asignación de domicilios, dejando a más de 100.000 soldados sin techo, o en el caso de asignarle domicilio, estos se encuentran en áreas desprovistas de servicios básicos y lejos de centros de trabajo⁴⁶.

En ese mismo film, poco después aparece el sargento Aleksandr "Sasha" Solomin, veterano de combate condecorado y estudiante de ingeniería tras su desmovilización, que responde a cámara:

"Al menos creíamos que estábamos haciendo algo bueno. Quizá lo hiciéramos pero ahora no lo se. A quien le importa ahora si soy bueno con las ametralladoras. Un buen tirador, que pueda cambiar la munición y disparar a la vez. ¿Qué uso tiene eso para alguien?".

Con eso resalta otro factor importante. La mayoría tenía poca o ninguna

⁴⁴ Danilova (2010): p. 905

⁴⁵ Kosminsky, (1989)

⁴⁶ Gross (1990): p.483

experiencia laboral y su formación se había limitado al entrenamiento militar. Algunos como Sasha inician estudios, pero muchos no tienen acceso y la limitación de los beneficios dificulta la adquisición de empleos, en especial cuando en el sistema de méritos tienen preferencia trabajadores con mayor historial de experiencia. Las grises expectativas de empleo y beneficios, junto con el impacto del trauma y el papel del militarismo en sus años de formación clave, les llevará a optar como vía de salida la educación militarista patriótica en escuelas, institutos o actividades extraescolares. En otros casos el trauma y la incapacidad de reinsertarse les llevó a reengancharse al Ejército o derivar a actividades ligadas con la seguridad. Aproximadamente, aunque en proporción fueran una minoría respecto al colectivo, se reengancharían 70.000 veteranos al Ejército. Otros optarían por puestos relacionados donde su entrenamiento militar tuviera algún servicio. En 1989 habría 10.000 *afgantsy* las fuerzas del ministerio del Interior acompañando a 475.000 policías y 225.000 guardas de seguridad⁴⁷.

El otro gran problema será en relación a los minusválidos de guerra. La conciencia y modelo social soviético no tiene una política inclusiva respecto a los minusválidos, a los que considera que no pueden trabajar. En el caso de los inválidos de guerra, estos eran segregados en sanatorios aislados en áreas rurales, las “casas de minusválidos”, o recluidos en sus domicilios ya que los apartamentos soviéticos carecían de adaptaciones a las barreras arquitectónicas. A la vez, la lista y los trámites para conseguir vehículos adaptados eran interminables. Lo mismo sucedería con el tratamiento del estrés postraumático derivado del combate irregular contra las guerrillas afganas y la violencia de la *dedovschina*. Precisamente, en ambos casos, tendrán un papel muy importante las organizaciones locales de veteranos y sus contactos con grupos de veteranos estadounidenses de Vietnam.

“Generación”: Trauma e identidad cultural *afgantsy*

En ese marco, aunque resulta difícil establecer los parámetros de la subcultura del veterano *afgantsy* de forma homogénea y monolítica, si podemos confirmar que se construye una ideología de colectivo alrededor de unos elementos y símbolos comunes. En este caso, retomamos la idea de “comunidad interpretativa”, donde mismos símbolos, experiencias y contextos pueden ser empleados en diferentes definiciones o interpretaciones. En cualquier caso, podríamos definir la construcción de la subcultura del veterano alrededor de sus símbolos, su organización social ligada a la reinserción y su discurso de conmemoración del trauma a través de los monumentos a los caídos.

Para empezar ante la desmovilización, las dificultades materiales de reajuste y el contraste ante la ideología social de la guerra, se encuentran con una de las

⁴⁷ Galleotti (1995): p.58

grandes contradicciones: la definición del combatiente y su lugar en la sociedad soviética, elemento que se refleja en el sistema de asistencia social y en la brecha entre el contrato social-militar entre estado y sociedad, junto con el trauma y su asimilación dentro de la sociedad soviética. No sería hasta la ley de 1995 "Sobre Veteranos" cuando se les diera el estatus oficial de veteranos de guerra, aunque a nivel legislativo Afganistán continuaba sin ser calificada como guerra. Por un lado han desempeñado una labor militar, ciertamente bajo unos ideales basados en un "internacionalismo" artificial que no suple la reconciliación moral entre el servicio y el trauma, el cual tampoco tiene una recepción efectiva en el público soviético. El desconocimiento de la guerra y el escaso tratamiento a los desórdenes del estrés postraumático, junto con los relatos de la prensa liberal y la crisis de las fuerzas armadas, han construido una imagen propia de los veteranos *afgantsy* como psicópatas o niños violentados. Se hace difícil reconciliar un servicio en una guerra cuya moral estaba baja y los resultados y la recompensa no implica o facilita la reinserción desde el trauma.

Este tipo de contradicción presente acaba recogiendo el reflejo de esa brecha en la relación cívico militar, que se verá reflejada en muchas de las manifestaciones culturales realizadas por los *afgantsy* como la narrativa, la guitarra poética o la fotografía. En su relato corto "*Retorno a Kandahar*", el veterano Oleg Ermakov refleja esa contradicción expresando la pérdida de la inocencia en el frente y el trauma que carga, representado por el ataúd de zinc de un compañero caído que acompaña de vuelta a casa. Lo que debería representar el paso a la madurez expresado en forma de trauma, produce en el protagonista un sentimiento de desazón y tristeza individual que no puede ubicar en su entorno. Describe a su amigo muerto como "*un ángel con ametralladora*", un chico inocente que murió sufriendo el estigma de la guerra. Esa dificultad de reubicarse dentro de la sociedad, sin saber definirse, le hace declinar la idea de la existencia de una "hermandad *afgantsy*" y la denomina "hermandad sucia": "*Hermanos sucios, nunca fueron pacifistas, simplemente no querían ser soldados apasionados. Como si esto fuera posible*". El relato acaba insistiendo en la idea de del trauma y la pérdida de la inocencia infantil:

*"Los niños son el mejor contingente para cualquier evento peligroso del estado". Sin embargo no se reconoce como soldado, como parte de un colectivo ni como participante en una guerra, tampoco sigue siendo un niño, ni sabe en qué creer, tan solo siente alienación y una necesidad de canalizarla a través de la literatura: "Ahora todo está claro para mí. Y no creo en nada, especialmente en mí mismo"*⁴⁸

Esa misma contradicción entre trauma, reconocimiento y desmoralización se

⁴⁸ Ermakov (2004)

describió en un fenómeno característico que tuvo lugar entre la tropa en Afganistán y que se trasladó con bastante éxito a la sociedad: la guitarra poética de cuartel y los bardos de guerra. La guitarra poética, representada por Vladimir Vyssotski y su lenguaje callejero cotidiano, juntamente con la música rock soviética en auge, conseguían captar las mentes desmoralizadas de los soldados en servicio y permitirles identificarse con sus letras. Con canciones como “*La canción de Serezhka Fomin*”, Vyssotski reconstruía al héroe de guerra de la mitología soviética como un soldado descontento, cansado y frustrado:

“Estoy derramando mi sangre por ti, patria/ Pero del mismo modo mi corazón está lleno de pena/ Estoy sangrando por Serezhka Fomin /Y el solo se sienta allí sin darle importancia al mundo”.

Por otro lado los 80 trajo la expansión de la contracultura del rock. Aunque definida por sus autores como poesía apolítica, centrada en expresar y canalizar el estancamiento del mundo juvenil soviético, muchas canciones de mediados de los 80 incluyen la temática de la guerra. Grupos como *KINO* y su líder Viktor Tsoi dedicarían el álbum “*Gruppa Krovi*” de 1988 a la temática, con canciones como el éxito homónimo u otros títulos como “*Voyna*” (Guerra). “*Gruppa Krovi*” (Grupo Sanguíneo) sería un gran éxito, recreando la desmoralización de la tropa destinada en Afganistán:

“Y hay suficiente para pagar/ Pero no quiero una victoria a cualquier coste./ No quiero poner mi pie en el pecho de nadie./ Me hubiera gustado quedarme contigo/ Solo quedarme contigo,/ Pero la alta estrella en el cielo me está llamando”.

Tanto la guitarra poética de Vyssotski como las letras de cantantes de rock ruso como Tsoi acabarían siendo adoptadas por la propia tropa en Afganistán dando lugar a la tradición de los “bardos de guerra” o “canciones de cuartel”. No son canciones heroicas, sino que reproducen el cansancio y la desmoralización de la tropa. Muchas de estas canciones tendrían gran transcendencia en el mundo civil, cuando los veteranos desmovilizados las trajeran de vuelta a casa, normalmente grabadas de forma rudimentaria a través de magnetófonos del ejército. De forma propia, grupos de veteranos *afgantsy* editarían muchas de estas canciones y publicarían pequeños libros y panfletos como modo de memoria y expresión del trauma por partida doble, ya que muchos de estos libros eran empleados para recaudar fondos para construcción de monumentos a los caídos. Por ejemplo, en 1990 en la ciudad de Lugansk, Ucrania, los *afgantsy* locales editarían el libro “*U etikh pesen yest' dusha*” (Estas canciones tienen alma). Los veteranos definirían así su música:

“La poesía es la fiel compañero de los soldados. Sin ella, los cortos momentos de descanso, los entrenamientos de combate y todo lo que llamamos vida militar, son impensables. Ella era comandante, una madre amorosa, enfermera y un juez estricto. La canción nos apoyaba en los momentos más severos de prueba, amortiguaba el dolor del alma, causaba una sonrisa irónica y feliz, una alegre risa, forzaba un replanteamiento de los ideales de la vida y encontraba un nuevo punto de referencia para el concepto. Patria, amor, hermandad, deber”⁴⁹.

En canciones como la titulada “*Pokoleniye*” (Generación), compuesta por el veterano Oleg Baranov, se insiste en la contradicción entre trauma y la marginación del discurso civil de la guerra:

“Aquí no hay aire para respirar, y el agua es como un premio/ Pero los nervios crujen. Se atascó el obturador / Los disparos están aquí y allá. El infierno tiene nombre / Afganistán – es la muerte y un siniestro campo. / Pero allí en la vida civil hay otra opinión / (Yo lo se por las cartas de mis amigos) / Que aquí no hay guerra, solo lecciones / ¿Para que comparar a los abuelos con esos chicos ?”⁵⁰

El éxito de estas canciones de cuartel y la popularidad de algunos de sus autores veteranos llevaría a que se hicieran bandas de rock *afgantsy*, siguiendo esta tendencia de música sin retórica patriótica. Uno de los grupos más populares serían *Golubye Berety* (Boinas Azules), un grupo de rock formado por veteranos *afgantsy* del cuerpo de paracaidistas en 1985. A estos les seguirían otros grupos *afgantsy* como *Kaskad*, que hicieron populares éxitos como “*Pust' dni prokhodyat*” (Deja pasar los días), “*My ukhodim*” (Nos vamos), “*Vspomnim, tovarishch, my Afganistan*” (Recordemos camaradas, nosotros somos Afganistán); “*Rebyata s nashego dvora*” (Chicos de nuestro patio) o “*Tol'ko ne govori mame, ya nakhozhush' na afgane*” (No le digas a mi madre que estoy en Afganistán) . Estos grupos reflejaban una actitud desmoralizadora ante la guerra a la vez que reivindicaban su sacrificio individual ante una difícil reinserción. Ponían al frente los elementos culturales simbólicos más visibles de la cultura del veterano: música de letras desgarradoras y vestimenta militar. Todos los grupos se caracterizaban por llevar sus uniformes, medallas y boinas azules, piezas comunes en los rituales funerarios cuando se enterraba a un compañero caído. Sin embargo, pronto el gobierno de Gorbachov vería mucho más práctico intentar cooptar a esos grupos y ponerlos bajo la órbita de la *Melodiya*, la compañía estatal de música, viendo que era más fácil y útil atraerlos para su campaña de censura sobre Afganistán que reprimirlos. Con ello, en 1988 se haría

⁴⁹ VV.AA. (1990): p.3

⁵⁰ Baranov (1990): p.11

el festival “*Kogda poyut soldaty*” (Cuando cantan los soldados), auspiciado por el gobierno y donde grupos como *Golubye Berety* tocarían rodeados de parafernalia patriótica y vehículos blindados. Más tarde durante los 90 y la nueva situación del veterano, cuando se intenta fomentar un nuevo discurso patriótico nacionalista ruso mezclando elementos del militarismo y el monumentalismo soviético, surgirían grupos como “*Kontingent*”, que recogerían los tópicos *afgantsy* y los introducirían con los elementos del nuevo nacionalismo ruso y el mito de la Gran Guerra Patriótica.

La “hermandad afgana”: la configuración social de la subcultura del veterano

Como se mencionó anteriormente, a diferencia del resto de subculturas juveniles soviéticas, la de los nuevos veteranos de guerra acaba generando una serie de comportamientos sociales más activos y con transcendencia política. Con ello nos referimos específicamente a tres, los cuales se acaban internacionalizando en muchos casos: el fenómeno de las “*Gangs*” o bandas urbanas juveniles, las organizaciones no gubernamentales de asistencia social colectiva y la construcción de la memoria de la guerra.

El fenómeno de las bandas callejeras juveniles no era algo nuevo, pero con las reformas de Gorbachov y su grito a la población juvenil a defender los valores soviéticos de forma responsable en el nuevo espacio social abierto para ellos con la Glasnost, un nuevo caldo de cultivo se produce en el mundo urbano soviético. Si se esperaba que masas de jóvenes se alejarán de la pasividad y la indiferencia ante el colectivo y el estado participando activamente mediante la afiliación al *Komsomol*, acabó derivando en la organización de grupos callejeros juveniles que, apelando a elementos simbólicos patrióticos, inician una dinámica de violencia contra lo que consideran “antisoviético”. Su objetivo primario serían funcionarios, empresarios y oficiales acusados de corrupción o especulación, pero pronto derivaría también en la violencia hacia otros jóvenes representantes de las diversas subculturas. Estos serían conocidos como *Lyubery*, cuya construcción simbólica se basaba en el culto al cuerpo, las artes marciales, un fuerte orden jerárquico, una moral puritana y el odio violento hacia cualquier elemento cultural juvenil asociado a occidente. Muy ligado a grupos de educación patriótica, los *afgantsy* también desarrollaron de forma local bandas juveniles de “vigilantes”, como patrullas locales destinadas a preservar los valores militaristas y nacionales. Aunque precisamente estos veteranos fueran originarios del mismo contexto de alienación, consumo y cultura musical *underground* que el resto, el trauma bélico y la fallida reinserción es lo que lleva a un pequeño sector a organizarse en bandas callejeras, cada vez de forma más

numerosa a partir de 1985. Muchos de sus miembros exponen la dificultad de relacionarse con sus congéneres generacionales tras sufrir la experiencia bélica, lo que ellos definen como un proceso de transición a la madurez. Según las palabras del *afganets* Serhiy Karanda en un artículo del diario de la *Ucranian National Association*, los *afgantsy* tenían “mucho que ofrecer en la educación internacionalista y patriótica de la gente joven” ya que “habían pasado por la escuela de Afganistán”⁵¹. Por otra parte, la contracultura soviética muy ligada al consumo de moda, bienes y música con abiertos referentes occidentales les hace generar rechazo, ya que acaban de luchar en una guerra cuyos enemigos estaban armados con material estadounidense. Por esa razón bandas como *Kaskad*, banda callejera *afgantsy* de la ciudad de Kazan o *Kontora*, declararon una firme cruzada contra la música rock, la moda occidental y subculturas como los hippies, los punks o el hip-hop, asaltando a otros chicos a la salida de clubes, discotecas o conciertos. En la ciudad ucraniana de Tolyatti, los veteranos se agruparon en bandas de “vigilantes” para contrarrestar el comportamiento “antisocial” y mantener la ley y el orden⁵². En ello hay también un fuerte componente de clase, asociando a los jóvenes a los que asaltan en las discotecas como *goldeny*, jóvenes acomodados hijos de hombres de negocios⁵³, pero en otras ocasiones es la propia policía la que recurre a las bandas *afgantsy* para perseguir a tribus urbanas o ahuyentar a bandas criminales, como recuerda este veterano:

“Ahora si que tengo que ahuyentar a los mafiosos chantajistas. Los polis vienen a buscarte para pedirte ayuda [...] Necesitan desarticular una tribu urbana: Pues invitemos a los *afgantsy*”⁵⁴.

Estos bandas locales lucirán como emblemas prendas militares, como la boina de paracaidista, guerreras o pelo corto, usarán un propio *slang* y crearán rituales generados alrededor de las artes marciales, elemento básico del entrenamiento militar. A su vez fundarán sus propios clubes de soldados internacionalistas con una firme jerarquía interior al estilo militar, los cuales crearán sus propias secciones del *komsomol* dedicada a dar educación patriótica militar. Otros grupos complementarán o centrarán su actividad en perseguir a especuladores o burócratas acusados de corrupción, con el fin de extorsionarlos y obtener dinero para asistir a *afgantsy* minusválidos o familiares de caídos en combate.

⁵¹ Nahaylo, B.: “Afghanistan vets: new social force?”, *Ukrainian Weekly*, No 28, Vol 54 (13 Julio 1986); p.2

⁵² *Ibíd*em, p.14

⁵³ Stites (1993): p.200

⁵⁴ Alexievich, S. (2016): p.146

Algunos autores verían esta autorganización de clubes *afgantsy*, sobre todo en el sentido de solidaridad colectiva y resistencia al sistema burocrático percibido como anti patriótico y corrupto, como el germen de un movimiento que se tornaría mayor y más significativo⁵⁵. Efectivamente así sería, pero no del modo en el que el estado soviético tenía planeado. Ante la crisis del *komsomol* que ya no lograba atraer a nuevos miembros como juventudes del partido, la organización trataría de atraer a los *afgantsy* como educadores patrióticos con actividades paralimitares. Un gran número de ellos eran de hecho miembros del *komsomol* de modo previo a la guerra, aunque cabe decir que el 70% de sus integrantes lo eran por las facilidades que ofrecía y el acceso que daba a infraestructuras deportivas y de ocio. Aunque eso marcará un cierto precedente en sus dinámicas y principios como subcultura, el hecho es que no fue el *komsomol*, sino la Glasnost, con la Ley de asociaciones amateur y clubs de hobbies de 1987, lo que favoreció que grupos locales de veteranos pudieran reunirse de manera independiente. Las reformas que permitieron la organización social dieron paso a estas reuniones informales de veteranos donde podían compartir el trauma y sus experiencias, mantener la camaradería, y a la vez que establecer redes de apoyo mutuo. El *komsomol* seguiría teniendo un papel importante en la vida social de los *afgantsy*, pero pronto los enfrentamientos por la pasividad del órgano juvenil ante la educación patriótica y el desinterés ante los problemas de la asistencia social a veteranos, junto con la pasividad general entre la mayoría de *afgantsy* por la política, llevaría a una progresiva ruptura. Según los datos de Galleotti, tan solo un 12% de los *afgantsy* estaban metidos en asuntos de política, mientras al 34% y al 30% solo les interesaba la cooperación mutua y el soporte familiar respectivamente, manteniendo una tónica cansada y cínica ante la política estatal⁵⁶.

Estos clubes de veteranos donde podían compartir experiencias, fotografías y brindarse apoyo colectivo sería el germen del tópico de “la hermandad *afgantsy*”. Si en la guerra la solidaridad solo se daba en situaciones de combate, especialmente en unidades más expuestas como los paracaidistas mientras en bases y puestos avanzados destacaba el abuso y la corrupción, la reinserción dificultosa y el trauma les ofreció a los veteranos un eje común para reunirse y tejer una red colectiva de apoyo económico y psicológico que acabarían conformándose como órganos independientes al estado para suplir sus carencias sociales, económicas y sanitarias. La combinación de estas redes de apoyo colectivo no político y sus proyectos de educación patriótica como modo de respuesta ideológica al discurso social de la guerra acabarán conformando entre 1989-90 las grandes organizaciones de veteranos como la Unión de Veteranos de Afganistán (SVA), la Unión Rusa de Veteranos de Afganistán (RSVA) y la

⁵⁵ Riordan(1989): “Teenage gangs, 'afgantsy' and neofascists”; p.133

⁵⁶Galleotti (1995): p.121

Asociación de Veteranos de la Guerra de Afganistán de Leningrado (LAWVA). Estas organizaciones emitirían sus propios diarios de prensa y emprenderían sus actividades económicas, debido a que no tenían acceso a canales del estado. A través de edición de libros y memorias sobre la guerra, conciertos de canciones *afgantsy*, contactos con asociaciones de veteranos estadounidenses, etc, conseguían recursos con los que financiar sus proyectos, en especial adquisición de prótesis para inválidos de guerra y civiles, o construcción de viviendas para veteranos y soldados desmovilizados sin techo.

Por último, un elemento más que definiría la subcultura *afgantsy* tanto a nivel político y social como cultural será su discurso de conmemoración de la guerra, realizado a través de la construcción de monumentos locales a los caídos. Un monumento conmemorativo es algo más que la representación de un evento, sino que incluye “una visión social y cultural de ese evento” y sirve como expresión de solidaridad de grupo, en este caso, para dar significado simbólico a la pérdida, legitimar su situación y construir su discurso alrededor de la idea de la “hermandad militar”⁵⁷. Ese tipo de monumento contrasta con los monumentos que erigirán las asociaciones de madres, ligados al arrepentimiento por la pasividad social y el discurso de rechazo a los excombatientes. En cambio los monumentos erigidos por las asociaciones y clubes de veteranos servirán para legitimar el discurso de la “fraternidad *afgantsy*”, recogiendo normalmente los mismos símbolos: el trauma del superviviente representado por el soldado desmoralizado de hombros caídos y mirada baja, el dolor por la pérdida con la imagen del compañero caído en combate, a veces representado en brazos del superviviente; el aislamiento y la traición de la sociedad a través de los símbolos propios de la subcultura *afgantsy* como el mutilado de guerra, la boina, el helicóptero o el tulipán negro (en referencia a los aviones de carga negros que llevaban los ataúdes de zinc de los caídos en combate).

Estos monumentos, al igual que sus tareas de recaudación de fondos, material y su redistribución, se llevó a cabo por los veteranos sin ningún apoyo estatal y sin ninguna muestra de mensaje político. Cabe tener en cuenta que tanto el trauma por la reinserción y por la pérdida fueron muy notables ante la mala gestión que se hizo en la sociedad civil. Para empezar, no se realizó un tratamiento de veteranos con estrés postraumático, y muchos fueron conscientes de sus síntomas a través de contactos con especialistas en psiquiatría y grupos de veteranos de Vietnam estadounidenses. Y más visible aún sería el elemento de la pérdida. Los conocidos ataúdes de zinc se tornarían un componente visible del discurso social de la guerra y del sentimiento de traición para los *afgantsy*. Debido a la política de censura, los soldados muertos tornaban a sus países de noche, en unos ataúdes cerrados, sin dar noticia previa a la familia, e incluso

⁵⁷ Danilova (2005)

podían ser abandonados en la entrada o no contener cuerpo alguno. Después, los restos eran enviados a un cementerio local, donde las autoridades no permitían a los parientes enterrar a su familiar en el área destinada a los caídos en guerra ni poner ninguna información sobre las circunstancias de su muerte. A los soldados recién desmovilizados les quedan pocos elementos que justifiquen su transición por el combate más allá de los uniformes. Las medallas, algunas de las cuales jamás fueron entregadas, en muchos casos tampoco representaban un elemento que pudiera conmemorar su sacrificio:

“Dentro de esas pequeñas piezas de metal está la sangre de nuestros amigos, el dolor de nuestro corazón. Vida y muerte, angustia y desesperación, habían sido arrojadas en ellas. La guerra estaba condenada, así que era inútil”⁵⁸.

De ese modo las iniciativas locales de agrupaciones de veteranos para erigir monumentos al combatiente, ya fuese caído o herido, surgen como la alternativa para dar un significado al sacrificio, tomando tanta importancia que los gastos en su construcción incluso llegaron a eclipsar los presupuestos de las actividades de algunos grupos, deteniendo las ayudas de carácter económico y social.

Conclusión

Como toda manifestación contracultural, la subcultura *afgantsy* se encuadra en un momento y un espacio concreto. Una ingente parte dejarían la experiencia en el pasado, intentando llevar a cabo la reinserción social y laboral. Otros se encerrarán en respuestas negativas como el alcohol o la drogadicción. Sin embargo, la subcultura *afgantsy* no solo surge de la alienación juvenil acrecentada por el trauma y la reinserción. Aunque en esencia se definan como apolíticos, la enfatización del militarismo patriótico y el aborrecimiento violento hacia los productos culturales occidentales en contraposición a sus elementos simbólicos propios, junto con un discurso basado en la fraternidad del trauma, acaba poniendo la alienación en un plano donde el papel político tiene un peso a jugar importante. No solo se ataca a una sociedad que definen como mancillada por el consumismo y el egoísmo individualista, sino a un discurso social y a un fracturado pacto entre ciudadano soldado y estado. En ese sentido, a diferencia de las otras subculturas, los *afgantsy* retoman el concepto soviético del *Kollektiv*, el colectivo, como un sector social dentro del sistema soviético que, sin tener acceso a medios políticos, crea vías paralelas con tal de acceder a un cierto *status* social con el que visibilizar su situación.

⁵⁸ Tamarov (2001): p.106

La que sería una de las subculturas representativas del fin del periodo soviético, la que Riordan llamaría “movimiento de resistencia”⁵⁹, acabaría siendo absorbido por las estructuras del nuevo estado ruso y de las nuevas unidades nacionales surgidas del colapso de la URSS, integrando la subcultura del nuevo veterano dentro de los nuevos discursos nacionalistas. De esa manera organizaciones mayoritarias como la SVA entraban en los canales políticos bajo las etiquetas de ONG, a la vez que se creaban nuevas organizaciones auspiciadas por los nuevos industriales rusos como el Fondo Ruso para Minusválidos de la Guerra de Afganistán. De esa manera, la nueva Rusia entrada en el sistema de mercado bajo el liderazgo de Yeltsin, absorberá a la subcultura de veteranos, introducirá sus respuestas y símbolos dentro del sistema de clientelismos de Yeltsin y la convertirá en un pilar más del nuevo nacionalismo ruso. Esa absorción se vería en esencia a través de dos acciones como serían la concesión de privilegios federales fiscales a las grupos de veteranos, ahora con el *status* de ONG, mientras se retiraban los beneficios de la asistencia social; y la construcción de monumentos conmemorativos a los *afgantsy* uniéndolos a símbolos nacionalistas rusos, contrarrestando así la herencia del discurso de la “herida abierta” de Gorbachov. La corrupción desatada dentro de los colectivos a raíz de esto y el auge de la criminalidad entre sus líderes para muchos supone el fin de esa subcultura. Un veterano de infantería diría ante la periodista Svetlana Alexievich:

“Por favor, no escriba eso de la hermandad ‘afgana’. No existe. Yo no lo creo. [...] Compartimos los mismos problemas: subsidios, apartamentos, buenos medicamentos, prótesis, electrodomésticos... Una vez que los resolvamos, nuestras asociaciones se disolverán. Conseguiré, atraparé, arrancaré a mordiscos ese apartamento, muebles de importación, frigorífico, lavadora, reproductor de vídeo de marca japonesa y ¡adiós! Entonces se verá con claridad que no me queda nada por hacer en esa asociación”⁶⁰.

Mediante el clientelismo de Yeltsin y el sistema de los privilegios fiscales, tan solo entre un 24% y un 9% de los ingresos de las mayores organizaciones *afgantsy* iban destinadas a ayudar a los veteranos⁶¹. Mientras, la corrupción y los negocios turbios en beneficio de los líderes de las organizaciones concluían en actos de venganza y luchas por el poder. Una lucha que no se quedaría en las organizaciones, sino que pasaría a la alta política de la nueva Rusia. Paralelamente a la subcultura *afgantsy*, otra “hermandad *afgantsy*” surge en las esferas de la *nomenklatura*, representada por oficiales veteranos de Afganistán que pasarán a la alta política. Personajes como Ruskoy, Lebed o Baburin, todos

⁵⁹RIORDAN, J.: “Teenage gangs, ‘afgantsy’ and neofascists” (1989): p.133

⁶⁰ Alexievich (2016): p. 42

⁶¹ Danilova (2010): p. 908

oficiales condecorados de cuerpos de élite que tras el colapso de la URSS emplearán su influencia primero como clientes de Yeltsin en el contragolpe de agosto de 1991, y después como opositores a éste durante la crisis constitucional de octubre de 1993 ligados a partidos nacionalistas de extrema derecha. Una oposición que lograría atraer a un número importante de *afgantsy* a las barricadas en ambas situaciones reclamando ese título de combatiente y blandiendo el argumento del “ciudadano soldado” cuya experiencia bélica le hace garante de participar en el cambio político.

Aún así nos encontramos de nuevo con la heterogeneidad de este movimiento, donde al margen de las grandes organizaciones integradas en los circuitos políticos y económicos, quedarán aún los clubes y grupos locales con sus propios medios de supervivencia; a lo que se añade la multiplicidad de situaciones derivadas del colapso y el papel de estos colectivos en las distintas realidades y conflictos nacionales. Sus símbolos sobrevivirán, pero su discurso ligado al trauma y su lucha por la definición de sus estatus de combatiente quedará diluída cuando se introduzca a la subcultura *afgantsy* dentro del nuevo contexto político de Rusia.

Referencias bibliográficas

Ackermann, F. Galbas, M. (2015): “Back from Afghanistan: The Experiences of Soviet Afghan War Veterans”, *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society*, Vol.1, No. 2 (2015); Ibidem, Stuttgart

Alexiev, A. (1988): *Inside the Soviet Army in Afghanistan*; RAND, United States Army

Alexievich, S. (2016): *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la Guerra de Afganistán*; Debate, Barcelona

Barker, A. (Ed) (1999): *Consuming Russia. Popular culture, sex, and society since Gorbachev*; Duke University Press

Bocharov, G. (1990): *Russian Roulette. Afghanistan war through russian eyes*; Hamish Hamilton, Londres

Borovik, A. (1991): *The Hidden War. A russian jopurnalist's account of the Soviet War in Afghanistan*; Faber and Faber, Londres

Burke; J. (2008): *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*; Crítica, Barcelona

Braithwaite, R.: *Afgantsy. The Russians in Afghanistan 1978-1989* (2012); Profile

Books, Londres

Commeau-Rufin, I (Ed) (1989) *Lettres des profondeurs de l'URSS. Le courrier des lecteurs d'Ogoniok (1987-1989)*; Gallimard

Cushman, T. (1995): *Notes from underground. Rock Music Counterculture in Russia*; State University of New York Press, Nueva York

Danilova, N. (2005): "Memorial'naya versiya Afganskoy voyny (1979-1989 gody)", *Neprikosnovenny zapas* No 2-3, (40-41) (2005)

Danilova, N. (2010): "The Development of an Exclusive Veterans' Policy: The Case of Russia"; *Armed Forces & Society* 36(5) 890 –916 (2010)

Eichler, M. (2012): *Militarizing men: gender, conscription, and war in post-soviet Russia*; Stanford University Press, California

Ermakov, O. (1993) : *Afghan Tales*; William Morrww, Nueva York

Ermakov, O. (1992): *La marque de la bête*; Albin Michel, Paris

Ermakov, O. (2004): "Vozvrashcheniye v Kandagar", *Novyy Mir*, No 2 (2004)

Fowkes, B. (2002): *Ethnicity and ethnic conflict in the Post-Communist World* Palgrave, Nueva York

Gabriel, R.A. (1980): *The New Red Legions. An attitudinal portrait of the Soviet Soldier*; Greenwood Press, Westport

Galeotti, M. (1995): *Afghanistan: Soviet Union's Last War*; Frank Cass, Londres

Galeotti, M. (1995): *The Age of Anxiety: Security and Politics in Soviet and Post-Soviet Russia*; Longman, Londres

Gross, N. (1990): "Youth and the Army in the USSR in the 1980s"; *Soviet Studies*, Vol. 42, No. 3 (Jul., 1990)

Hansen, J., Owen, A., Madden, M. (1991): *Parallels*; Aldine de Gruyter, New York

Heinämaa, A.; Leppänen, M.; Yurchenko, Y. (1994): *The soldier's story. Soviet Veterans remember de Afghan War*; University of California Press

Jones, E. (1985): *Red army and Society. A sociology of Soviet Military*; Allen And Unwin, Londres

Joyce, W. (Ed) (1990): *Social Change and Social Issues in the former USSR. Selected papers form the Foruth World Congress for Soviet and East European Studies*; St Martin Press, New York

Pavlov, O. (2004): *The Matiushin case; And Other Stories*, Londres

Piirainen, T. (1997): *Towards a New Social order in Russia. Transforming structures and everyday life*; Darmouth, Vermont

Poch-de-Feliu, R. (2003): *La gran transición. Rusia 1985-2002*, Crítica, Barcelona

Raleigh, D.J. (2012): *Soviet Baby Boomers. An Oral History of Russian's Cold War Generation*; Oxford University Press, Nueva York

Riordan, J. (Ed) (1989): *Soviet Youth Culture*; Macmillan Press, Londres

Rybakov, V. (2004): *The Afghans*; Infinity, Pennsylvania

Rybakov, V. (1986): *The burden*; Hutchinson & Co, Londres

Sarin, O; Dvoretzky, L. (1993): *The Afghan Syndrome. The Soviet Union's Vietnam*; Presidio Press, California

Smith, G. (1984): *Song to seven strings. Russian guitar poetry and soviet "Mass Song"*; Indiana University Press

Stites, R. (1993): *Russian popular culture*; Cambridge University Press

Tamarov, V. (2001): *Afghanistan. A russian soldier's story*; Ten Speed Press, Berkeley

Troitsky, A. (1987): *Back in the USSR. The true story of rock in Russia*; Omnibus Press, Londres

VV.AA. (2006): *War and Peace. Contemporary Russian Prose*; New Russian Writing, San Petersburgo

Wilson, A.; Bachkatov, N. (1988): *Living with Glasnost*; Penguin Books, Londres

Fuentes hemerográficas

Agitator Armii i Flota, No15, Agosto 1982

Posev, No. 6, Junio 1980

Posev, No 10, 1 Octubre 1980

Posev, No 1, Enero 1981

Sovetskiy Voin , No17, Septiembre 1982

Soviet Life, febrero 1969

Ukranian Weekly, No 28, Vol 54 (13 Julio 1986)

Publicaciones de los afgantsy

Afganskii veter (1989); Muzichna Ucraina, Kiev

V etikh pesnyakh yest' dusha (1990); Consejo de militares internacionalistas de la región Voroshilovgrad, Luganks

Recursos audiovisuales

Kosminsky, P. (1989): *Afghantsi*, film documental producido por P. Kosminsky

Podnieks, J. (1986): *Vai viegli būt jaunam?*, film documental producido por Juris Podnieks

Uspensky, E.; Nazarov, E. (1985): *Pro Sidorova Vova*, Soyuzmultfilm